



Los estudios latinoamericanos en el siglo XXI

*Laurence Whitehead**

Mi campo académico de especialización ha sido el estudio de la política comparada, en general, y la democratización en América Latina, en particular. Para analizar el estado de la democracia en un país, como por ejemplo Ecuador –antes estuve analizando el caso boliviano, el caso mexicano–, no puedo prescindir del conocimiento de los expertos y los analistas formados en el país. Lo mismo pasa con las experiencias comparadas. No sirve limitar el enfoque a las técnicas estrictamente disciplinarias de la ciencia política. Para construir interpretaciones válidas, por ejemplo, para comparar Ecuador con Venezuela o con Bolivia, se debe utilizar una mezcla de métodos y técnicas de investigación, articulando elementos de las respectivas historias nacionales y tomando en cuenta la estructura socioeconómica, de clase y de etnia presente en cada uno de estos países. Asimismo, se requiere evaluar el tipo de inserción de éstos en el sistema internacional de relaciones y obligaciones recíprocas. Todo ello tiene que ver con el funcionamiento, el desarrollo, la lógica de la democratización en un país dado.

Así pues, es menester incluir y tener en cuenta no solo la ciencia política en el sentido estricto, sino la historia, la geografía, la antropología y el derecho. Vale la pena aquí mencionar que entre la interdisciplinariedad que se debe fomentar, los estudios de derechos han quedado al margen pero habría que socializarlos e integrarlos para obtener enfoques multidisciplinares. Hay que ser interdisciplinario pero con un sentido que también requiere mucha disciplina. No solo eso, sino hay que considerar también experiencias relevantes que son extra continentales. Por ejemplo, si uno decide estudiar

* Profesor de la Universidad de Oxford, laurence.whitehead@nuffield.ox.ac.uk, Inglaterra.



sistemas electorales en América Latina, este no es un campo de investigación que pueda trabajarse aislado de todo lo que se ha desarrollado en el campo de temas como elección proporcional en otras partes del mundo. No son exclusivamente las experiencias de América Latina las que se pueden tomar en cuenta. Y en términos más amplios, hay que aplicar conceptos y categorías tanto normativas como empíricas que vienen del conocimiento general.

Considero que la teoría democrática no tiene nación. Se ha difundido desde la Grecia Antigua, pero ha llegado por ejemplo a la India contemporánea, o a la Finlandia de hoy día, y va a llegar a Bután en pocos meses. Algunos han sugerido que se trata de un proyecto colonialista o de imposición de conocimientos y mentalidades occidentales; conocimientos al servicio de los poderosos, etc. Si bien, no se puede excluir la posibilidad de actuar en ese sentido, —infortunadamente en los últimos años hemos advertido en el caso de Irak la aplicación de interpretaciones de la democratización que han servido a otros intereses que no son estrictamente los intereses de la teoría democrática—, no se debe confundir ésta con esfuerzos analíticos neutrales cuyo propósito es explicar la estructura comparada de los sistemas políticos, incluyendo los problemas para la construcción de democracias participativas y de verdaderas ciudadanías. De esta manera, se debe distinguir entre la promoción de una agenda imperialista y el enfoque académico descrito anteriormente. Es así como, a pesar de lo que pasó en Irak, se pueden fomentar procesos de democratización participativos y emancipadores, que no constituyen instrumentos de opresión unilateral.

Para defenderse contra las tendencias llamadas imperialistas, yo diría que los académicos —y en este momento estoy hablando de los académicos del Norte como del Sur— tienen una obligación metodológica pero también moral de aplicar los mismos estándares y los mismos criterios a todos los países y todos los casos relevantes para el estudio. Para dar un ejemplo —y eso creo que es lo que ha faltado en la literatura sobre la democratización comparativa—, en Oxford, últimamente, un grupo de mis amigos acaba de terminar un estudio evaluativo de la democratización en los Estados Unidos. Se trata de un esfuerzo entonces por incorporar este caso en el universo y por utilizar los mismos métodos, estándares y criterios. Procedimientos de este tipo nos ayudarían a aplicar criterios neutrales a todos los casos en el estudio comparado, a no ser demasiado positivo en este caso o demasiado negativo en este otro, porque es necesario estudiar comparativamente utili-



zando el mismo instrumento y método.

Por supuesto, no es fácil hacer trabajos con tanta amplitud. Se requiere diálogo y trabajo en equipo entre varias disciplinas y varias perspectivas. Asimismo se requiere una mentalidad abierta y un grado de tolerancia entre los participantes. Es decir, no se puede trabajar exclusivamente con un pensamiento único, con un modelo que se impone de antemano a través de una disciplina que excluye las otras, o de una doctrina demasiado prescriptiva. El estudio de la política comparada requiere escuchar las varias tradiciones nacionales como corrientes intelectuales de interpretación. Se

debe respetar la diversidad de las realidades tanto nacionales como regionales y combinar lo global con lo local. De esta manera, los investigadores pueden mejorar sus estudios utilizando técnicas eclécticas y mezcladas, las cuales también permitirán una mayor comprensión, tanto de los casos nacionales seleccionados como de la lógica universal del fenómeno estudiado.

Durante nuestras sesiones de hoy día –de esta mañana sobre todo–, hemos podido escuchar una discusión bastante interesante sobre las múltiples y variadas tradiciones dentro del campo de los estudios latinoamericanos. Los estudios que se han desarrollado progresivamente durante todo el siglo pasado. Es indudable que algunos de estos trabajos recibieron un fuerte estímulo a consecuencia de la Guerra Fría. Esta mañana se habló de la Guerra Fría y Estados Unidos, pero quiero precisar que se trataba de un fenómeno más amplio. Tomemos el caso británico y de mi universidad: Oxford. En mi universidad en el siglo XIX, mucho antes de la Guerra Fría, tuvimos una larga tradición de estudios políticos, económicos e históricos sobre América Latina. Realmente nuestra bibliografía en este campo es bastante rica y se basó en el importante papel que desempeñaba el Reino Unido en el subcontinente durante el siglo XIX.

Estos estudios nuestros empezaron a perder fuerza después de la Primera Guerra Mundial. Y después, con la pérdida de muchas de nuestras inversiones en América Latina en los años treinta y con la Segunda Guerra Mundial, el interés en los estudios latinoamericanos bajó mucho en mi país. El

Se requiere diálogo y trabajo en equipo entre varias disciplinas y varias perspectivas. Se requiere una mentalidad abierta y un grado de tolerancia entre los participantes. No se puede trabajar exclusivamente con un pensamiento único, con un modelo que se impone de antemano a través de una disciplina que excluye las otras, o de una doctrina demasiado prescriptiva.



Centro Latinoamericano donde yo he trabajado durante casi toda mi vida, se fundó en 1965, y fue una de las consecuencias de la Revolución Cubana. Fue ésta la que estimuló nuevamente el deseo de entender esta región donde habíamos tenido mucho interés y habíamos perdido nuestro conocimiento. Entonces la Guerra Fría tuvo su papel en nuestro caso también.

Otro estímulo para nosotros en los años ochenta fue la Guerra de las Malvinas. Resulta que un centro de estudios latinoamericanos cuesta menos que un misil Exocet. Se pueden citar casos similares, por ejemplo, Vincent Boicet trazó una historia paralela para el caso de Francia y nos recordó el hecho de que el término América Latina es un invento francés del siglo XIX, y que también tenía que ver con intereses imperialistas de aquel entonces. De la misma manera si uno quería estudiar estudios latinoamericanos en Italia, por ejemplo, uno de los grandes estímulos fue el Gobierno de Allende en Chile; esto porque en Italia se estaba pensando en la posibilidad del eurocomunismo, para lo cual era significativo tener un experimento controlado en el país sudamericano. También en Europa, en los años ochenta, había gran interés por América Central, no por las inversiones, no por intereses imperialistas, sino porque había vínculos muy fuertes entre los partidos del Parlamento Europeo, es decir, partidos socialistas con su contraparte: partidos socialistas en América Central, lo mismo con los democristianos. Estos ejemplos nos indican que los vínculos internacionales en el campo de los estudios latinoamericanos suelen no ser totalmente desinteresados, pero, por otro lado, tampoco son inevitablemente hegemónicos.

El campo de estudios se teje basado en una diversidad de perspectivas, de intereses parciales, de lentes interpretativas –pasajeras a veces–, y de modas intelectuales, incluso en el campo de la investigación. Además, no hay que pensar en flujos que siempre vienen desde afuera hacia América Latina, al contrario. Dentro de América Latina, y varios han hablado sobre ello, podemos encontrar una gama bastante grande de grupos, intereses, centros académicos, que colaboran y compiten entre sí en este campo.

Esta mañana se presentó una síntesis de los trabajos desarrollados en la ciudad de México. Un aporte grande fundado en la participación de muchos académicos destacados que fueron expulsados de sus países por los gobiernos autoritarios de los años setenta en América del Sur. También vale la pena destacar el lugar ocupado por muchas otras instituciones como la FLACSO, el CLACSO, la propia Universidad Andina, y grupos de estudio



interdisciplinarios en la región. En realidad se han construido, en el siglo XX, muchísimas matrices interconectadas con flujos de ideas e influencias dentro y fuera de la región latinoamericana. Este pasado es rico y complejo, es multidireccional y constituye una base importante para lo que podríamos pensar y construir en el siglo XXI.

Ahora bien, ¿cómo se van a desarrollar los estudios latinoamericanos en el siglo XXI? No voy a pronosticar demasiado pero tengo confianza en que lo logrado en el siglo XX sí constituye un soporte importante para los avances en el futuro. Por supuesto, también veo muchos desafíos y muchos cambios que son inevitables. Por ejemplo, con el fin de la Guerra Fría otro tipo de estímulo internacional tiene que sustituir el anterior.

En los años noventa, ese estímulo fue la globalización; ahora no es tan evidente cuál va a ser esta motivación. Con la globalización y la introducción de principios de mercado en todos los centros académicos tanto del Norte como del Sur, es previsible que los marcos de comprensión pasados no van a ser los mismos que los esquemas futuros, para los que trabajan en este campo. Indudablemente va a producirse una renovación de marcos y también de temas, pero la necesidad de estudiar y entender las realidades específicas de esta parte del mundo, y de transmitir estos conocimientos locales para enriquecer el conocimiento universal, no va a desaparecer desde mi punto de vista.

Por el contrario, creo que podemos anticipar en algunos aspectos un auge, por ejemplo, en estudios latinoamericanos por parte de los grandes países asiáticos. Es interesante ver cómo ha ido creciendo tanto en China, en Japón, y ahora incluso en la India, el interés en este tema. También hay que anticipar un auge en el estudio de otros países de América Latina por parte de los académicos enraizados en la región misma. Por ejemplo, ha habido mucho crecimiento de académicos de un país latinoamericano interesados en el estudio de las problemáticas de otro país latinoamericano. Cito el ejemplo de un alumno mío, mexicano, que quería estudiar las constituciones de la democracia, entonces estudió la Constitución de Brasil del año 88, y tuvo una contribución que tanto en México como en Brasil se tomó en serio por ser un estudio de buena calidad. Este tipo de interconexión entre los países latinoamericanos también es probable que crezca.

En general, los estudios latinoamericanos van a enriquecerse con más análisis multinacionales, perspectivas comparadas, y métodos novedosos y



rigurosos. De esta manera es factible mejorar el autoentendimiento de cada país, y también fortalecer un conocimiento de lo que es específico de la región en su totalidad. Creo que hay espacio para desarrollar un mayor entendimiento de los latinoamericanos, de cómo su región se parece o tal vez no se parece a otras grandes regiones del mundo. Es necesario hacer estudios de América Latina contrastada y comparada, a veces positivamente, a veces negativamente, con países de Europa del Sur, países del Oriente Medio, Asia, etc., según el tema y la necesidad.

En un mundo globalizado es importante poder identificar las fortalezas, las especificidades y las debilidades de su propia vecindad. Y para identificar esto, el investigador debe tener conocimiento de otros vecindarios. Finalmente, con la transnacionalización de la cultura y la política económica, y el crecimiento de las diásporas y de las remesas, los estudios latinoamericanos van a dedicar más espacio a temas transnacionales, y no pueden continuar con visiones demasiado y estrechamente nacionales.

Para ir más adelante con este tema, tenemos que definir con cierta claridad cuál es el universo geográfico, lingüístico y cultural, cuál es el inventario de territorios y naciones que se deben incluir en el concepto de América Latina, eso es un tema bastante discutible. Hay varios puntos de vista, hay que explicar por qué estamos estudiando todos estos países como un grupo, qué tienen en común y cómo es que estos factores compartidos, si los hay, filtran y modifican la operación de lo que serían procesos más globales y universales. Si modelos externos llegan a la región, ¿qué es lo que pasa para que fenómenos como, por ejemplo, la privatización o la democratización misma al llegar a América Latina se conviertan en algo un poco distinto de lo que fueron antes de llegar? Eso tiene que ver con procesos universales que hay que entender pero también tiene que ver con filtros locales que hay que estudiar y concebir de una manera sistemática y holística. A veces esto se puede hacer a través de estudios de América Latina en su totalidad, en otros casos hay que estudiar regiones o subregiones más pequeñas. Por ejemplo, si el tema es narcotráfico probablemente se debe estudiar la región andina más que América Latina en su integridad.

En mi libro reciente reconozco las múltiples divergencias internas de América Latina, pero a pesar de ello, mi argumento central es que sigue existiendo un nivel de análisis que sirve, por lo menos en algunos campos importantes de investigación, donde América Latina aparece como la



unidad relevante. No se trata de esencializar a América Latina, ni de negar muchas de sus diferencias internas, solo se trata de identificar algunas de las raíces profundas que siguen, en muchos casos, operando en el campo político-institucional, tanto a nivel de idiomas pero también de imaginarios compartidos. Imaginarios y visiones del pasado y de la naturaleza del mundo y de nuestra ubicación. Puntos de referencia e intereses comunes.

Algunos de los factores unificadores en ese sentido son factores negativos. No son lo común dentro de la región sino que son factores que distinguen a América Latina de otras partes del mundo. Vale la pena mencionar algunas implicaciones de mi esfuerzo. Para mí, las grandes ciudades latinoamericanas del siglo XXI tienen que incluir a Los Ángeles. No se pueden hacer estudios latinoamericanos y ubicar al margen a Los Ángeles o a Miami. Considero que es pertinente hablar de América Latina y el Caribe. No se puede excluir el Caribe y no se puede excluir muchas veces el Caribe anglófono o francófono para muchos fines.

Existe una isla caribeña que en numerosas ocasiones no se incluye en los estudios latinoamericanos, y que enriquecería ciertamente los estudios comparados sobre América Latina. Se trata de la isla de Puerto Rico. La intersección entre muchas realidades históricas, culturales, lingüísticas, políticas latinoamericanas en Puerto Rico con instituciones que son norteamericanas, lejos de merecer distanciamiento, es la razón perfecta para incluir a la isla de forma sistemática en nuestro campo de comparaciones.

Para terminar voy a identificar mis argumentos en el campo de estudio específico que conozco mejor: la democracia y la democratización. Tanto la definición del universo geográfico como la selección de instrumentos y disciplinas para el estudio tienen que basarse en la naturaleza del fenómeno por estudiar. Si el tema es, por ejemplo, el catolicismo, es menester estudiar los países donde éste existe. Si el problema es la esclavitud o el legado de la esclavitud, se deben estudiar los países donde hay un componente importante de población de origen africano. Pero en el caso de la democracia, el enfoque tiene que ser más incluyente, y debe cobijar una alta dosis de conceptos universales. Asimismo, las comparaciones en el campo de la democracia deben subrayar sobre todo los últimos veinte años. Deben ser bastante contemporáneas.

América Latina tiene casi dos siglos de gobiernos constitucionales y republicanos, en este sentido, el subcontinente fue muy precoz, comparado con



el resto del mundo, en su rechazo al principio del poder hereditario o también en su aceptación del principio de la división de poderes entre las ramas del gobierno. Es así como los ideales de la democracia liberal son mejor conocidos y están más enraizados en esta parte del mundo que en otros países del llamado Tercer Mundo, y no simplemente como ideas sino como instituciones. La historia de las universidades tiene que ver con la formación de profesiones liberales para hacer funcionar estas instituciones republicanas que eran típicas de América Latina: las leyes, el periodismo..., toda una gama de profesiones levantadas dentro de esta tradición. Esto es común a las veinte repúblicas de América Latina de habla hispana; sin embargo, si miramos estos dos siglos de historia nos preguntamos, ¿su democracia es la misma que las democracias del resto del mundo?

Quizá por la misma precocidad, la relación entre las instituciones formales –las constituciones– y el juego político real en la región es más endeble comparado, por ejemplo, con muchos países en Europa donde se toma muy en serio la aplicación rígida de todas las reglas de juego. Hay muchos ejemplos que se pueden citar para demostrar lo anterior en relación a la democratización de los últimos veinte años. En efecto, una proporción alta de los gobernantes elegidos democráticamente no han completado su período de gobierno o se han excedido en sus atribuciones al haber cambiado la Constitución para permitir la reelección. Esta es una actitud típica de la región, una actitud de no tomar demasiado en serio las reglas formales asimilando reglas informales del juego político que están muy bien establecidas y fuertemente arraigadas.

En consecuencia, hay mucha democracia en esta región pero también hay mucho desencanto por la falta de aplicación consistente de los principios, sobre todo, porque la informalidad se siente en el campo de la ciudadanía. La consecuencia de la informalidad es que los ciudadanos no tienen confianza en que sus derechos serán garantizados cuando así lo requieran. Por el contrario, éstos son percibidos como volátiles y variables pese a que existen. En América Latina los ciudadanos deben guardarse bien, salir y movilizarse para recordar a quienes están en el poder que tienen deberes con ellos. Eso genera un tipo de interacción entre la política electoral formal y la política democrática de participación más directa, de movilización colectiva, etc., que es característica de América Latina.



Antes de terminar quiero llamar la atención sobre un estudio inédito que es la ilustración empírica y muy concreta de lo que estoy diciendo, para mostrar que los estudios latinoamericanos sí pueden identificar realidades que son importantes, distintas, y que tienen sus consecuencias para el funcionamiento de todo el sistema. El estudio es realizado por dos amigos míos de origen argentino que trabajan en Israel y acaban de presentar los resultados preliminares de su estudio sobre el significado del asilo político como una realidad vivida entre las clases gobernantes de este subcontinente, fenómeno que contrasta con las realidades de otros lugares del mundo.

Lo que ellos demuestran, con un banco de datos que abarca la historia de todos los países durante dos siglos, es que la tradición de expulsar a los disidentes a otro territorio tiene su origen en la Colonia, y que en buena parte la gente asilada se formó políticamente con la experiencia de no poder vivir en su propia ciudad y de tener que organizarse y resistir dentro de otra ciudad del mismo sistema político. Esta tradición continuó, por supuesto, con la Independencia; había toda una tradición en las guerras civiles en la que los vencidos eran castigados con el asilo. Mas lo que salta a la vista con este banco de datos es que, prácticamente, un veinte por ciento de los altos mandos latinoamericanos durante su carrera política tienen la experiencia de vivir en el asilo. La proporción no ha cambiado durante los dos siglos y no ha decaído después de la democratización.

Es una realidad empírica, significativa para entender cómo funciona la vida política de esta zona comparada con otras regiones, que justifica o indica que estudios de este tipo muestran la riqueza y la necesidad de estudios regionales y no simplemente de estudios universales. Para el caso específico de los asilos, los estudios regionales contribuyen a crear una conciencia extranacional en quienes viven fuera de su país. De esta forma, políticos ecuatorianos que residen en Panamá tienen una visión de la región que es distinta a los políticos que solo vivirán en su propio país. Esta es la riqueza de los estudios regionales y comparados en América Latina.